

simpatías; no hace todavía diez años, (en 1890), se publicó en Bogotá el primer tomo de Poetas Hispano-Americanos, dando el lugar de honor á nuestras poetas, é intitulándole á dicho tomo: « México. »

Allí están las poesías de todas nuestras distinguidas compatriotas, abriendo la marcha á los otros pueblos hispano-americanos. Agradecemos como es debido esa galantería y la correspondemos sin esfuerzo, inscribiendo el nombre de Colombia como el primero en la lista de nuestros hermanos, que viven venerados y queridos dentro de nuestros corazones.

El Sr. Marroquín es un buen Ministro, porque sabe que más que con las frías notas de la diplomacia, se logra con la entusiasta unión de los pensadores; porque el lazo intelectual estrecha y confunde los espíritus nutridos en las mismas tradiciones y que aspiran á la realización de idénticos ideales.

Octubre 7 de 1899.

CÓMO ERA MORELOS

UN ANTIGUO SOLDADO

Un antiguo soldado, me contó un día lo siguiente: — Tú me oyes decir á menudo: el « señor Morelos » y ya me has preguntado por qué lo trato siempre con tanta sumisión y con tanto respeto. La magnitud de ese héroe es tal, que he visto á muchos de los que le conocieron y acompañaron en los combates, quitarse

el sombrero, en cada vez que pronunciaban su nombre.

Como militar era un genio; ya sabes que Calleja dijo que cuando creía habérselas con un cura, se sorprendió de encontrarse con un general en toda la acepción de la palabra.

Tú sabrás también que era tan amado de los mexicanos, que el día de su fusilamiento pusieron á las tropas sobre las armas por miedo de una sublevación que habría sido terrible.

Á la hora en que lo fusilaron, hubo un fuerte temblor de tierra que dió margen á muchas consejas, y ese temblor hizo salir del vaso las aguas del lago de San Cristóbal y en su desbordamiento lavaron la sangre del héroe en el sitio en que cayó su cuerpo atravesado por las balas.

« Dios no quiso — decían las gentes del pueblo, — que nadie profanara pisándola, aquella sangre tan noble y tan pura! »

Como hombre de ideas levantadas no tuvo rival en su tiempo.

Reunidos por su voluntad y á su llamado, los miembros del Congreso de Chilpancingo, un día el famoso Don Andrés Quintana Roo, le preguntó con la franqueza que le era característica:

— ¿Qué ideas tiene usted acerca del gobierno que debemos dar á la Nación? ¿qué principios vamos á dejar consignados en la Constitución que hemos de discutir dentro de breve tiempo?

— « Señor Licenciado, — respondió el héroe, — yo soy un rústico y usted es un sapientísimo letrado, no puedo hablar de ciertos asuntos en presencia de quien tanto los conoce, pero creo un deber no reservarme mis ideas en las circunstancias en que nos encon-

tramos y por eso, no por otra mira, contesto á su pregunta.

» Soy el siervo de la Nación, porque ésta asume la más grande, legítima é inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo, que rompa todos los lazos que la sujetan y que acepte y considere á España como hermana y nunca como dominadora de América.

» Quiero que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no hay abolengos ni privilegios; que no es racional, ni humano, ni debido, que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento; que se eduque á los hijos del labrador y del barretero como á los del más rico hacendado y dueño de minas; que todo el que se queje con justicia tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario; que se declare que lo nuestro ya es nuestro y para provecho de nuestros hijos, que tengamos una fe, una causa y una bandera bajo la cual todos juremos morir antes que ver nuestra tierra oprimida como lo está ahora, y que cuando ya sea libre, estemos siempre listos para defender con toda nuestra sangre esa libertad preciosa; que... »

..

— No me diga usted más, dijo Quintana Roo, con los ojos llenos de lágrimas; es usted muy grande, señor Morelos; en usted encarnan todas las ideas que han de ser más tarde la fuerza y la felicidad de la Patria, permítame usted que lo abraza, para que si Dios me concede largos años de vida, pueda alguna vez decir á mis hijos: sean ustedes honrados, vir-

tuosos y patriotas, para que puedan reclinar sus frentes sobre este pecho que está lleno de gloria, no porque es del ser que les dió la vida, sino porque hubo un momento en que se acercó en un supremo abrazo, al pecho que ha abrigado el corazón más grande, el alma más hermosa que Dios envió á nuestra tierra; el corazón y el alma del gran Morelos.

El señor Morelos sólo respondió modestamente: « usted me favorece mucho, señor Licenciado; yo no soy más que un pobre rústico. »

UN JUEVES DE CORPUS EN TIEMPO DE MAXIMILIANO

(DE MIS MEMORIAS DE 30 AÑOS)

En las grandes solemnidades religiosas, como las fiestas del Corpus, de la Virgen de Guadalupe, del Domingo de Ramos, del Jueves y Viernes Santo, del Sábado de Gloria y del Domingo de Pascua, la Corte ostentaba un lujo espléndido.

Un día de Corpus salieron los Soberanos con gran séquito, del Palacio á la Catedral. Una alfombra y un toldo estaban tendidos en el trayecto; formábanles guardia las tropas de la guarnición, que al divisarlos presentaron las armas, batieron marcha y tocaron el Himno Nacional.

Delante del Emperador iba numeroso cortejo y detrás el Gran Maestro de Ceremonias, el Ayudante de Campo General, el Gran Chambelán, el Caballerizo

mayor, el Capitán de la Guardia Palatina, el Chambelán de servicio y el gran chambelán de la Emperatriz.

Seguía la Emperatriz y detrás dos damas de Palacio, de servicio; las princesas de Iturbide; los Grandes Cruces de San Carlos; la Dama Mayor, las Damas de Palacio y las Damas de Honor.

Al llegar á la puerta del centro de la Catedral, entró el Destacamento de la Guardia Palatina y quedó fuera la servidumbre de Palacio, es decir, los mozos de espuela, los caballeros, los picadores, los lacayos, los ujieres y los ayudas de cámara; formando valla al paso del gran séquito y entrando al último.

Los Emperadores fueron recibidos por el Arzobispo y el Cabildo. El Arzobispo les presentó el agua bendita y después se incorporó con el Cabildo al gran séquito, ocupando, un lugar entre el Limosnero Mayor y el Gran Mariscal de la Corte.

Al llegar al altar, los Emperadores se dirigieron al trono colocado al lado del Evangelio y las personas del séquito á los asientos que les estaban reservados.

El Arzobispo celebró la misa de Pontifical y al concluir aquélla, se ordenó la procesión de la manera siguiente:

Destacamento de Infantería con música.

Las Parroquias comenzando por el Sagrario Metropolitano y concluyendo con San Antonio de las Huertas.

Los Colegios, desde el Tecpan hasta el de San Ildefonso.

Los Oficiales de la Gendarmería del Ejército y la Gendarmería Rural.

Los condecorados de las órdenes imperiales.

Los Tribunales de Primera Instancia, Correccional y Mercantil del Departamento del Valle de México.

El Alcalde Municipal y el Ayuntamiento.

El Prefecto Departamental y el Consejo del Departamento.

Los Sub-secretarios de los Ministerios con los empleados de éstos y de las oficinas que dependen de ellos, como sigue:

Hacienda, Guerra, Fomento, Instrucción pública y Cultos, Justicia, Gobernación, Negocios Extranjeros y Marina.

El Presidente de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, con los Académicos.

El Presidente del Tribunal Superior del Departamento del Valle de México, con los Magistrados del mismo.

El General Comandante de la Primera División Territorial con su Estado Mayor.

Los Ministros del Tribunal de Cuentas.

El Procurador General del Supremo Tribunal, con los Magistrados y Abogados generales del mismo.

Un destacamento de la Guardia Palatina.

Mozos de espuela, caballeros, picadores, lacayos, ujieres y ayudas de cámara.

Los Secretarios de las ceremonias, los Oficiales de órdenes y los Oficiales de la Guardia Palatina.

Los Capellanes honorarios de la Corte.

Los caballeros honorarios.

Los médicos consultores de la Corte y los médicos de la misma.

Los empleados superiores de la Corte, el Primer médico del Emperador y el Primer Capellán de la Corte.

Los Generales de Brigada y Ayudantes de Campo.

Los caballeros y los chambelanes.

Los Generales de División, y los Generales de División Ayudantes de Campo.

Los Grandes Cruces de Guadalupe, los Consejeros de Estado.

Los Grandes Cruces del Águila Mexicana, el Presidente del Tribunal de Cuentas y los Ministros,

El Presidente del Supremo Tribunal de Justicia; el Presidente del Consejo de Estado; el Presidente del Consejo de Ministros, el Intendente General de la Lista Civil; el Limosnero Mayor; el Gran Mariscal de la Corte.

Los Príncipes de Iturbide, los Collares del Águila Mexicana, los Cardenales, los Príncipes Imperiales.

El Arzobispo de México, bajo palio llevando el Santísimo Sacramento, rodeado de sus asistentes. Llevaban el palio seis chambelanes.

EL EMPERADOR

El Gran Maestro de Ceremonias; el Ayudante de Campo General, el Gran Chambelán, Caballerizo Mayor; el Capitán de la Guardia Palatina, el Chambelán de servicio y el Gran Chambelán de la Emperatriz.

LA EMPERATRIZ

Dos Damas de Palacio, de servicio; las Princesas Imperiales, las Princesas de Iturbide; las Grandes Cruces de San Carlos; la Dama Mayor, las Damas de Palacio, las Damas de Honor.

Un destacamento de la Guardia Palatina.

Una columna de los diferentes cuerpos de la guarnición con música.

Otro destacamento de la Guardia Palatina rodeaba el palio y á los Emperadores, y todas las personas que marchaban en la procesión llevaban cirios encendidos.

Nunca se había desplegado mayor pompa en una solemnidad religiosa; así es que las calles, las puertas, los balcones, las azoteas y las torres, estaban en la carrera que siguió tan numeroso cortejo, atestadas de espectadores y aumentaban la animación el rumor de los repiques á vuelo, el tronar de la salvas y los gritos de la multitud que saludaba á los Soberanos con entusiasmo.

— Ni en los tiempos de Su Alteza se vieron estas pompas, decía en la calle una anciana á varias gentes que la robeaban.

— Ya lo creo, como que entonces había Altezas pero no Majestades.

— Y dicen que en la alfombra tendida desde la puerta de Palacio al atrio de Catedral, se ha gastado mucho dinero.

— Es de á diez pesos la vara.

— Y la púrpura del dosel que han ocupado los Emperadores y que tiene los escudos bordados, costó muchos miles.

— Pero bien gastados, porque la verdad es que se ve precioso todo esto.

— Sí, precioso es ver tantos uniformes bordados; tanto brillo en los galones; tantos doctores de la Universidad con sus borlas; los Magistrados con sus botones de puño de oro, y sus escudos sobre las casacas, pero como decía Martín Garatuza: ¿en que pararán estas misas?

— Y los colegiales, ¡qué primor de uniformes! Los de Minería, llevan en la cachucha y sobre la manga, el escudo bordado de oro, un mazo y zapapico dentro de una guirnalda de laurel. ¡Y tan bien que se les ve á los jóvenes el frac azul, el chaleco blanco con botones dorados, el pantalón con franja, y las polainas blancas sobre los botines de charol!

— Pues á mí me gustan más los uniformes de los de Agricultura.

— Se parecen mucho á los de Minería con la diferencia de que usan levita en vez de casaca, y de que el escudo lo forman un biello y una pala.

— ¡Qué graciosos los de San Juan de Letrán y los de San Ildefonso! Hasta los más chiquillos llevan sombrero de copa, frac y corbata blanca.

— Y tienen unas medallas sobre las solapas.

— Son distintivos de sus clases, y se les conoce por el color de las cintas: los de verde son de latinidad, los rojos de filosofía, los azules de física, y los morados de gramática, y así sucesivamente.

— Dicen que después de la procesión, ha habido en la Alameda un gran combate á puñetazos entre los alumnos de los Colegios Nacionales.

— Siempre sucede lo mismo. Los de Minería y Agricultura se unen para pelear con los de San Ildefonso y San Juan de Letrán.

— Esos pleitos se derivan de las precedencias en la comitiva, porque todos quieren ser los primeros, y de allí resultan las riñas.

Conversaciones como estas se oían á cada diez pasos, y también acerca de lo simpático que eran los Príncipes.

— Oye, tú, ¿viste al Emperador qué alto es y qué bonito anda?

— ¿Y tú le viste la barba que parece hecha de rayos de sol?

— No tanto.

— Fíjate: si parece que lleva un nimbo como Nuestro Señor.

— ¡Y qué ojos tan dulces y tan azules y tan expresivos!

— A mí me vió al pasar y sentí no se qué cosas.

— Con razón, si mira como no he visto mirar á nadie.

— No sea usted tonta, chula; interrumpió una vieja desdentada, mira como Emperador.

— ¿Y ella?

— ¿Quién, la Emperatriz? no me gusta.

— Te diré, es muy joven, muy elegante, muy bien formada, muy bien vestida; pero tiene mucha dureza en su fisonomía.

— Á mí no me simpatiza.

— Mira á todos como protegiéndolos.

— Y siempre la verás con la cabeza erguida y con un gesto como de mal humor.

— No se parece á su marido.

— No; hay entre los dos gran diferencia.

— Oye, tú, ¿y si Maximiliano enviudara?

— Se casaría con una mexicana.

— No lo creas; buscaría una princesa de las más encopetadas de Europa.

— Quién sabe. Dicen que hay muchas á quienes mira con gran atención en los bailes, encantado con sus gracias.

— Pues la que resultara Emperatriz se costeaba.

— Puede que no; porque eso de estar siempre de ceremonia, ha de ser muy pesado.

— De veras; estos señores van siempre saludando por todos lados, nunca hablan á nadie con confianza; no son dueños de manifestar sus sentimientos; siempre tienen testigos de todos sus actos; y como todos los respetan y los tratan con gran veneración, ninguno les dice la verdad de lo que acontece ni de lo que se dice en el pueblo.

— Ya lo ves; ellos se imaginarán que todos los gritos que lanzamos son nacidos del alma, y no hay nada de eso, sino que todos armamos bulla y nos gusta el ruido de la gresca, sin saber lo que decimos.

— Pero es deslumbradora una procesión así.

— Y mucho, no hemos visto nada mejor por estas calles.

En efecto, era preciso ver todo aquel aparato que endiosaba al vulgo, que recreaba á todas las altas clases sociales, para sorprenderse de la transformación rápida que se había efectuado en la democrática ciudad de Moctezuma.

Concluida la procesión, á su regreso á la Catedral, los Emperadores y todos los asistentes volvieron á ocupar sus asientos, y el Arzobispo entonó el Te Deum.

La servidumbre se quedó al pie de la Catedral.

A la terminación del Te Deum volvió á formarse el gran séquito, y los Emperadores, acompañados del Arzobispo salieron del templo en la misma forma en que entraron. La servidumbre del Palacio volvió á tomar la cabeza del séquito á la puerta de la iglesia, hasta donde el Arzobispo y el Cabildo acompañaron á los Soberanos.

Regresaron éstos á Palacio y allí el Emperador, su casa militar y las personas que citó para acompañarle montaron á caballo en el patio de honor y salieron á colocarse delante de la puerta del centro para presenciar el desfile de las tropas de la guarnición.

La Emperatriz se colocó en el balcón principal de Palacio, con las Princesas Imperiales.

Terminado el desfile, el Emperador entró á Palacio seguido de su comitiva, y se trasladaron por la escalera de la Emperatriz, la Sala de Yucatán y las galerías de Pinturas, á la Sala de Iturbide, para reunirse con la Soberana.

Pasados algunos minutos, los Príncipes se retiraron á la Sala de Carlos V, y se disolvió la comitiva.

LOS DOS DUMAS

Me tocó la gloria de conocer á Víctor Hugo, y no alcancé la dicha de encontrar vivo á Alejandro Dumas, padre.

¡Ah! cuán grato me habría sido estrechar su mano, pues le debí en mis días de niño y en mi primera juventud, horas de inolvidable solaz y de encantos positivos.

Ha corrido el tiempo; han volado los años; delante de mis ojos han desfilado multitud de libros recreativos, y no he encontrado un narrador, un fantasista que se le asemeje.

Hoy, lo sabemos todos, no se escribe una novela ni un drama que no tenga por objeto la resolución de algún intrincado problema social, y la verdad es que ninguno de esos médicos de la humanidad da buenos remedios, por más que se atraiga la discusión y el aplauso con sus recetas.

El adulterio, el eterno adulterio, sirve para elaborar escenas que Sarah Bernhardt interpreta admirablemente y que el público aplaude con frenesí; pero la incógnita del problema nadie la despeja, y la sociedad sigue enferma.

Alejandro Dumas, padre, nunca se metió en tan intrincado laberinto; vulgarizó la historia de Francia, engendró personajes que no se han muerto aún y que los conocemos, y diré más, los estimamos como si fueran de carne y hueso y nos hubieran estrechado la mano y vivido entre nosotros.

Considero que todo chiquillo que lee los « Tres Mosqueteros » se torna en caballero de aventuras, y todo hombre que lee « El Conde de Montecristo » aplaude

y admira la imaginación de Dumas. ¿Y todavía habla usted de esos libros añejos? me preguntará cualquiera de los que hoy cultivan la novela pornográfica.

..

Sí, señor erudito: todavía hablo de esos libros y no se espante usted: cuando me encierro enfermo y necesito mi espíritu refrescarse con alguno que le divierta y le transporte á mejores épocas, busco los libros de Dumas y me siento á leerlos, y se me van sin sentir las horas, y me olvido de todo lo real, amargo y prosaico de la vida.

Y no me pasa lo mismo con muchos folletos de á franco que llenan las bibliotecas de actualidad.

En Francia se ha agotado la bellísima edición ilustrada de los « Mosqueteros »; frente á la estatua de Dumas el pueblo se detiene saludando al incomparable novelista, y el recuerdo de su vida no se ha extinguido, pues cada día se refieren anécdotas preciosas que forman la delicia de los parisienses.

Dumas padre, era generoso y caritativo hasta el despilfarro. Sus manos estaban siempre abiertas para los pobres, para los niños huérfanos, para los artistas sin fortuna.

Un día se presentó en su casa un pobre hombre, lleno de familia solicitando que lo socorriera.

— Hoy he amanecido sin un céntimo — le dijo Alejandro, — pero en fin, usted ¿qué profesión tiene?

— Soy fotógrafo, pero mi taller está vacío.

— ¿Tiene usted todo lo necesario para hacer un retrato?

— Sí, señor; á la hora que usted quiera; lo que me falta son clientes.

— Iré hoy á buena hora á retratarme; espéreme usted y tenga listas las placas.

El hombre aquel salió desconsolado, porque no suponía lo que el gran novelista iba á hacer en su provecho.

Al medio día, Dumas se presentó en el raquítico taller que estaba escondido, como vergonzante, en una estrecha callejuela de barrio.

No iba solo el popular escritor; lo acompañaba una de esas alegres mujerzuelas que se buscan la vida con el libre amor de los boulevares.

— Vamos, caballero, dijo Dumas, esta chicuela se retratará conmigo y como me quiere mucho, formadnos un grupo en que se vea cómo me acaricia.

..

Obedeciendo estas indicaciones, en breves instantes quedó listo el retrato, en el cual aparece Alejandro Dumas sentado cómodamente en un ancho sillón de alto respaldo, y junto á él, de pie, abrazándole el cuello y reclinando la mejilla en su frente, sonríe con malicia la chica que le acompañaba. Alejandro lee un libro, mostrando en su semblante un bienestar y una bondad envidiables.

— Bien, — agregó Dumas, cuando le mostró el fotógrafo la placa — exponga usted ese grupo en sus escaparates, y soporte las consecuencias sin alarmarse.

Dos días después, el artista exhibió su obra, Dumas lo acusó ante un juez por sacar á relucir escenas de su vida privada, y fué tal el escándalo que se armó con la denuncia, que no hubo parisiense que no comprara una de esas fotografías, dejando como producto al ignorado fotógrafo más de cuarenta mil francos en pocas semanas.

Y no cobró comisión alguna, ni se hizo pagar de ningún modo su largueza el inolvidable literato.

Su hijo, muerto en 1895, le igualó en renombre; su

«Dama de las Camelias» bastaría para inmortalizarlo, pues de tal suerte hizo amar á su heroína, que todavía en París los amantes ponen flores frescas sobre la poética tumba de Margarita Gautier, en el Cementerio de Montmartre, como testimonio de interés por su desventurada suerte.

Más financiero y menos pródigo que su padre, hizo gran fortuna con sus libros y vivió y murió orgulloso de su nombre.

Era pensador y filósofo, y aunque muchos aseguran que se reconocía superior á su progenitor, decía muy á menudo :

— ¡Ah, si yo tuviera la maravillosa imaginación creadora de mi pobre y amado viejo!

Guardaba con devoción todas las obras de su padre, y cuando lo recordaba se le ahogaba la voz, llenándose de lágrimas los ojos.

— No he visto — dijo un día trémulo de ternura — un corazón tan grande, tan generoso, tan abierto á lo noble como el de mi padre; básteme decir á ustedes, que en cierta ocasión en que fui á visitarlo, lo encontré llorando sobre las cuartillas escritas que estaban dispersas sobre su mesa.

— ¿Qué te pasa? ¿qué tienes? ¿por qué te encuentras tan afligido?

— ¡Ay, hijo mío, acabo de matar á Porthos ¡y lo quería yo tanto!

Así se encariña cada autor con sus personajes, y para Dumas, padre, vivían los que él creaba, como siguen viviendo para todos los que desde hace años los hemos tratado con la dulce intimidad de la admiración y de la juventud, encarnando en ellos arrobadoras ilusiones.

PABLO SÁNCHEZ

(DE MIS MEMORIAS DE TREINTA AÑOS)

Allá en los dorados días de mi juventud, hablábame la música de todo eso que no puede expresarse con palabras, como no pueden copiarse en el lienzo los luminosos tintes de una alborada de primavera.

Gozaba con escuchar las creaciones llenas de sentimiento que sólo es dado interpretar á los verdaderos artistas. — Mi inolvidable padre anhelaba que yo aprendiese á tocar el violín, sin duda porque ese instrumento le deleitaba más que ningún otro, pero yo no dí nunca señales de tener vocación para realizar su deseo.

Me llevaba mi amado y amoroso progenitor á todo espectáculo donde culminaba algún violinista y por eso, á pesar de que yo era un chicuelo, me obligó á desvelarme oyendo al maravilloso Jeim Prume, violinista del Rey de los belgas.

Los sucesos políticos obligaron á mi padre á emigrar, huyendo de la muerte, y se fué á vivir á París ocho años, durante los cuales, en medio de la mayor pobreza y llorando día por día su ausencia, crecí y me desarrollé en el Colegio de tal suerte que cuando volvimos á vernos me encontró hecho un hombre.

Me escribía á menudo, refiriéndome sus impresiones y manifestándome sus voluntades acerca de mi carrera y de mis hábitos, y alguna vez se quejaba de que no le hubiese hecho yo caso aprendiendo á tocar el instrumento que inmortalizó á Paganini, por más que este genio hubiera dicho que el violín es tan di-

ficil que sin duda lo inventó el diablo para tentar de paciencia á los hombres.

Ya no estaba yo en condiciones de inscribirme en una Academia de música, ni disponía de recursos para tomar un maestro, y me conformaba con ir á escuchar á los artistas que de vez en cuando aparecían en México, á fin de decirme á solas sofocando mis remordimientos: « Si yo tocara así ¡ qué contento y satisfecho estaría mi padre! »

Un día, cuando menos me lo esperaba, entró á mi celda de estudiante, un compañero y me dijo: « Te voy á llevar esta noche á una casa donde ha de tocar un violinista mexicano, que es de los más sentimentales y notables que se han oído hasta ahora. »

— ¿ Es mejor que Eusebio Delgado ?

— ¡ Hombre! no guarda comparación en la ternura y delicadeza; figúrate que una noche tocaron juntos, y después de que Delgado ejecutó su conocido « Carnaval de Venecia », lleno de variaciones difíciles, nuestro compatriota tocó una pieza deliciosa, que no recuerdo su nombre, pero en la cual oyes el murmullo de la brisa entre el follaje, el rumor de la fuente lejana y el canto de un pájaro, monarca del bosque, saludando con dulcísimos trinos el despuntar del día.

— Estás hoy más poeta que nunca, querido Manuel.

— Te convencerás esta noche de lo que te digo; aréglate, y á eso de las ocho, nos iremos sin que lo sienta nadie; pues ya todo lo he convenido con el portero.

..

Y dicho y hecho; á las ocho nos escapábamos Acuña y yo y nos aparecíamos en la casa donde iba á celebrarse la reunión consabida.

No serían las nueve, cuando ya la concurrencia era inmensa y por todas partes se hablaba del violinista mexicano, á quien se esperaba en aquellos salones con verdadera impaciencia.

Un rumor grato anunció que había llegado el artista, y todos volvimos el rostro para verlo.

De afabilísimos modales; suave en sus conceptos y risueño y humilde con cuantos le presentaron; de poblada cabellera, que matizaban prematuras y escasas canas; de frente espaciosa y ojos expresivos, abrió con la mayor naturalidad una caja de guarniciones doradas, y sacó un violín lleno de incrustaciones de madera y que tenía por mango una cabeza humana, artísticamente cincelada.

Reinó el mayor silencio, y aquel profesor, joven todavía, tocó, cautivando al auditorio desde las primeras notas. Sentí un vago estremecimiento, cerré los ojos y escuché con delicia.

Mi compañero no me había engañado... murmullos de brisa, rumores de hojas, algo como el eco mágico de una cascada distante, y entre todo, las limpias, diáfanas y clarísimas notas del canto de un ruiseñor, de un jilguero, de un alado clarín de las selvas de Anahuac, de uno de esos zenzontles imitadores de todas las voces de nuestra exuberante naturaleza.

Me quedé cautivado, encantado, cuando la pieza concluyó, y fué saludado el artista con esos aplausos estridentes, resonantes, que conmueven todo un aposento y sacuden todos los corazones.

— ¿ Cómo se llama esa pieza ?

— « El ave en el árbol. »

— Y el ¿ artista ? ¿ el artista ? ¿ cómo se llama el artista ?

— Pablo Sánchez.

En seguida corrimos hacia él para abrazarle y estrecharle la mano, porque en efecto era un príncipe

del arte, y cuando estábamos en su derredor éramos sus vasallos.

Atando remembranzas, un día que encontré á Pablo Sánchez, despertóse en mi espíritu esto que he referido, y me propuse dar en « Mis memorias de treinta años » unas páginas á tan esclarecido maestro.

Nació el 15 de Enero de 1840, siendo su padre el notable filarmónico D. Ildefonso Sánchez, profesor y maestro de la Catedral de Puebla, y cuya memoria no se ha borrado en los anales de los buenos artistas angeopolitanos.

D. Ildefonso, amante del divino arte, hizo que su hijo lo cultivara desde muy temprano, resultando que en el año de 1843, cuando tenía cinco años le empezó á enseñar la música y cinco años más tarde, en 1850, le puso el violín en las manos; tomó grande y constante interés en que lo comprendiera, y en 1851 lo llevó como aspirante y meritorio á la orquesta de la Catedral, donde él se distinguía tan notablemente.

El pequeño Pablo se consagró con tal tesón á realizar las aspiraciones del autor de sus días, que el 1º de Marzo de 1853, el Cabildo de dicha Catedral le asignó, después del examen de reglamento, sueldo como violinista de la orquesta.

No fueron pocas las felicitaciones que en ese día recibió D. Ildefonso por tener un hijo que á los trece años ya tomaba asiento entre los profesores; pero no queriendo que esta circunstancia le impidiera darle otros indispensables conocimientos lo obligó en 1854, á entrar al Seminario Palafoxiano donde estudió hasta Filosofía.

La vocación del joven Pablo no era adquirir la toga ni vestir la sotana, y en cuanto concluyó algunos cursos preparatorios, dejó el Seminario y se consagró exclusivamente al estudio del violín, siguiendo desde 1857 la entonces nueva escuela francesa de Delfín Allard.

En 1858 ingresó á la orquesta de Santa Cecilia y, ya como profesor, tomó parte en los trabajos de la ópera italiana que dirigía el maestro Antonio Barilli, hermano de la madre de Adelina Patti.

Distinguióse tanto Pablo Sánchez en su especialidad que, por consejos de amigos imparciales, se resolvió á debutar como concertista en 1859, y obtuvo en ese debut una ruidosa ovación en el Teatro Principal de Puebla.

En 1860 estableció una Academia de la cual se separó en 1862 con motivo de la guerra de Intervención y se vino á México, donde en 24 de Septiembre del mismo año, debutó en el Gran Teatro Nacional, alcanzando mayor éxito que en Puebla.

No hubo función á beneficio de los hospitales de sangre, en la cual no tomara activa parte, después hizo una gira artística por todo el interior del país habiendo arrancado aplausos en los principales teatros.

En 1863 entró, invitado por el Profesor Eusebio Delgado, á la orquesta de la Ópera que dicho Profesor dirigía y tanto le cautivaron los talentos de Sánchez que en ese mismo año, le puso como violín concertino en la temporada de Ópera del maestro Paniagua.

El año de 1864, está marcado con negra y sombría cruz en la historia del modesto maestro Sánchez. En ese año murió su padre, es decir, murió el que había sido su providencia en la tierra, porque no sólo le dió la vida material sino que lo hizo artista, le infundió el amor por lo bello, por lo noble, por todo lo que es honrado y puro.

Pablo Sánchez, en plena juventud, soñando con la gloria y lleno de angustia su corazón de huérfano,

formó en Puebla una nueva y buena orquesta, que fué la que trabajó con la diva mexicana Ángela Peralta, cuando eclipsaba con su voz á los ruiseñores, avasallando las almas.

Al mismo tiempo Sánchez restableció con mayor éxito la Academia de Música que había inaugurado en 1860, y en ella formó muy buenos discípulos, sobresaliendo entre éstos el maestro Eduardo Unda y Morón.

En 1869, la antigua Orquesta de la Ópera lo llamó á México para que ocupara el puesto de Director y violín concertino, y así trabajó brillantemente hasta 1870, en que hizo con la Compañía de Ópera Mexicana una expedición artística al Estado de Oaxaca, en cuya capital se agrupaban y vivían en esa época hombres muy distinguidos que luego figuraron mucho en nuestra política.

Pablo Sánchez recibió hospitalidad generosa y muestras inequívocas de constante simpatía y de sincero y fraternal cariño en aquella tierra heroica, y guarda como veneradas reliquias numerosos retratos de sus amigos de entonces.

Tanto el valeroso Félix Díaz, como su hermano el General D. Porfirio, acogieron al inspirado violinista con entusiasmo, y era de ver cómo le estimulaban para conquistar brillantes laureles, recibéndolo en su casa el actual Presidente de la República, como concertista, y obsequiándole y encaminándolo con la exquisitez que le distingue.

No hace muchos años fuimos nosotros á Oaxaca y allí nos refirió una persona fidedigna el siguiente caso, que llamó mucho la atención en su época y que confirma la habilidad artística de Pablo Sánchez :

Tocaba nuestro violinista en la casa de D. Francisco Rincón, en una noche de concierto. Las casas de Oaxaca son de amplios corredores, llenas de macetas con floridas plantas y de jaulas con pájaros traí-

dos de la Sierra y que no en vano son reputados como los más canoros de la República.

Serían las doce la noche y Sánchez, en medio del mayor silencio se puso á tocar la difícilísima pieza « El Ave en el Árbol » en la que imita á un zenzontle. Cuando de las cuerdas de su violín mágico brotaron los trinos que arrobaban á los concurrentes por su naturalidad y su dulzura, se oye en el corredor esa algarabía inimitable con que las aves saludan la alborada y no hubo persona que no saliera á convencerse de que los pájaros de la casa, despertados por la sublime música de Sánchez se entusiasmaron de tal modo, que le acompañaron cantando.

Nos decía el testigo de esta escena, que las damas y los caballeros que la presenciaron, hicieron al violinista la más entusiasta de las ovaciones.

Después de alcanzar tantos triunfos dejó Sánchez, Oaxaca, y lo vemos en 1871 como Director de orquesta y violín concertino de la Compañía de Ópera, formada por Cipriani, en la cual brillaban como estrellas de primera magnitud Ángela Peralta y el célebre tenor Tamberlick á quienes dirigió en « El Trovador, » « Rigoletto, » « Favorita » y otras óperas en que tanto se distinguían.

La orquesta de Santa Cecilia famosa en México, le nombró su Director en 1873, y más tarde la Sociedad Filarmónica Mexicana : « Conservatorio de Música y Declamación » lo solicitó para Profesor de las clases de violín, dándole posesión de tan honroso encargo en 15 de Enero de 1874 y ejerciendo esa cátedra con asiduidad y con gran éxito hasta el año de 1877 en que el General Porfirio Díaz, Presidente de la República, elevó el Conservatorio al rango de Escuela Na-

cional, nombrando á Sánchez profesor de violín y viola.

Tantos adelantamientos alcanzaron sus discípulos que puede presentar con orgullo á muchos de ellos que hoy dan gloria al arte y renombre al maestro. Entre estos discípulos citaré á los señores José Alcalá, compositor oaxaqueño de gran mérito; Pedro Manzano, muy conocido por sus talentos; Felipe G. Villanueva, muerto cuando la inspiración lo circundaba de brillantísima aureola; Enrique Palacios que es habilísimo Director de Orquesta; Lauro Beristain que con tanta dulzura sabe arrancar del violín cautivadoras melodías; Manuel Serrano, Joaquín Lara, Luis Girón, León Girón, Rafael Sevilla, Aurelio Benítez, Andrés Herrera, Buenaventura Herrera, Eladio Cuadra, Arturo Posadas, Guillermo Curtis y otros muchos que sería prolijo enumerar, pues basta con estos que tan aplaudidos y estimados son, para dar idea de los méritos del maestro.

Se me olvidaba decir que á la muerte del inolvidable Don Antonio Balderas, acaecida en 1883, dejó Sánchez el Conservatorio y se consagró con mayor asiduidad á la Escuela musical, que desde 1882 estableciera en México y de la cual han salido aventajados discípulos como Enrique Raso, Ignacio del Angel, Carlos Ramírez, Idefonso Sánchez, Felipe Hernández, Ignacio Landa Garay, Federico Isunza y algunos otros.

En 1886, Pablo Sánchez formó una orquesta compuesta de distinguidos y eminentes profesores, la cual sirvió para la Compañía de ópera que nos trajo Sieni en combinación con D. Isidoro Pastor en los años de 87 y 88.

En 1889 Pablo Sánchez trabajó con el reputadísimo maestro Rafael Bracale quien en 1890 le escribió de Italia encargándole saludara á los inspirados artistas de México, asegurándoles que en él tenían en Milán un admirador y un hermano.

..

Dice un proverbio vulgarísimo que « nadie es profeta en su tierra » y la verdad es que el trato continuo, la facilidad de ver un artista en todas las múltiples manifestaciones de su vida, es causa de que todos le pongan la mano sobre el hombro y no lo miren sobre el alto y envidiable pedestal de sus méritos.

Pablo Sánchez, modesto por temperamento, por organización y por tendencias; fino y dulce en sus maneras y en sus conceptos; cariñoso y tierno con sus compañeros y con sus discípulos, guarda en un oscuro rincón de su pupitre, retratos y autógrafos que son un tesoro.

Allí surge la efigie de la incomparable trágica admirada por Legouvé, por Víctor Hugo, por Dumas, por Gautier, y por todo el mundo, Adelaida Ristori, diciéndole: *All Egregio Paolo Sánchez ricordo della una ammiratora. — Adelaida Ristori.*

Allí me encontré el retrato de una grandeza artística: — *José White* — el violinista admirable, consagrando fraternales conceptos á nuestro modestísimo artista.

Entre esas fotografías me encontré la del gran pianista Friedenthal, que desde Viena le envía á su preclaro y *excelentísimo* violinista Pablo Sánchez, su aplauso y su cariño.

Pero ¿á qué citar nombres y frases de vivos y muertos que Sánchez mira como sus penates, sin ostentación, sin vanidades, sin creer que merece nada ni que es digno de lauros ni de encomios?

Artista de corazón; alma que ha expresado sus ternuras en el más delicado y difícil de los instrumentos, se contenta y goza con enseñar á sus discípulos, con amar á sus hijos y con complacer á sus amigos.

Yo que soy un profundo admirador de la virtud en

consorcio con el talento, venero á los artistas que no por ser de alto vuelo se desdennan de ser honrados.

*
* *

Pablo Sánchez tiene desde edad temprana cubierta de canas la cabeza, pero en la frescura de su cutis y en la viva expresión de sus ojos, todavía se vé la vida hervir con el calor de la fé y de la esperanza.

Sin ostentación, sin ruido, sin ambiciones, forma en su Academia particular de Música discípulos nuevos, y ya ha convertido en maestro á su hijo Ildefonso, logrando ver reproducidas en tan inteligente joven sus facultades y sus virtudes.

Ildefonso, heredero del nombre de su abuelo, domina el violín, lo toca con gran sentimiento y ayuda á su buen padre en las rudas labores de la enseñanza.

Pablo Sánchez ha querido legar á sus hijos como el mejor medio para afrontar las luchas por la vida, la instrucción y la honradez sin tacha, y con toda la dulzura de su carácter los ha puesto en las sendas que conducen al bien por medio del trabajo.

Nuestro artista, considerado desde cualquier punto de vista, es digno de encomio. Nunca en sus labios hay palabras que rebajen, ó mancillen á sus compañeros; se encanta con la nueva generación, que surge llena de esperanzas y en la cual descuella Pedro Valdés Fraga, con todos los velos y con todas las vocaciones de un privilegiado.

Pablo Sánchez es, en su especialidad, una eminencia y para lograrlo, ha observado desde niño, lo que un día en sabrosa charla me dijo el inmortal Pablo de Sarasate. Me admiraba yo de la naturalidad con que vencía todos los obstáculos, con que arrancaba á la caja armónica de su Stradivarius, las más difíciles expresiones, y me interrumpió exclamando:

— Este instrumento lo tomo yo á las seis de la mañana y lo suelto después de las doce de la noche. Cuando se le abandona, corresponde como debe, es decir, el día en que lo buscamos, vuelve la cara para otro lado y nos desdena.

Nuestro Pablo Sánchez nació para violinista y nunca ha dejado de cumplir misión tan difícil y delicada. Con razón el violín lo obedece, como un esclavo sumiso!

Nadie como él sabe formar discípulos en brevísimo tiempo; pues rompiendo los moldes de la rutina, les señala el camino mejor y más corto para lograr éxito.

; Honor y gloria al modesto maestro!

FIN